

David Diop

Hermanos de alma

Traducción de Rubén Martín Giráldez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Frère d'âme
Éditions du Seuil
París, 2018

Ilustración: © Corrado Bosi

Primera edición: noviembre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2019
© David Diop, 2018
Por acuerdo con So Far So Good Agency
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8052-6
Depósito Legal: B. 22952-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A mi primera lectora, mi esposa,
de ojos bañados de luz lúcida;
tres pepitas negras sonríen en tus iris.
A mis hijos, tantos como los dedos de una mano.
A mis padres, pasadores de vida mestiza.*

Nos abrazamos por nuestros nombres.

MONTAIGNE, «De la amistad», *Ensayos*, Libro 1

Quien piensa traiciona.

PASCAL QUIGNARD, *Morir por pensar*

Soy dos voces simultáneas.

Una se aleja y la otra crece.

CHEIKH HAMIDOU KANE, *La aventura ambigua*

I

—... lo sé, lo he entendido, no debería haberlo hecho. Yo, Alfa Ndiaye, hijo de un hombre viejísimo, lo he entendido, no debería haberlo hecho. Por la verdad de Dios, ahora lo sé. Mis pensamientos no pertenecen a nadie más que a mí, puedo pensar lo que quiera. Pero no pienso hablar. Todos aquellos a quienes habría podido contarles mis pensamientos secretos, todos mis hermanos de armas que andarán desperdigados, desfigurados, mutilados, destripados, de tal manera que a Dios le dará vergüenza verlos llegar a su Paraíso o el Diablo se alegrará de acogerlos en su Infierno, no habrán sabido quién soy verdaderamente. Los supervivientes no sabrán nada, mi anciano padre no sabrá nada y mi madre, si es que sigue en este mundo, no lo adivinará. El peso de la vergüenza no se añadirá al de mi muerte. No se imaginarán lo que pensé, lo que hice, hasta dónde me llevó la

guerra. Por la verdad de Dios, el honor de la familia estará a salvo, el honor de fachada.

Lo sé, lo he entendido, no debería haberlo hecho. En el mundo de antes, no me habría atrevido, pero en el mundo de hoy, por la verdad de Dios, me he permitido lo impensable. Ninguna voz se ha alzado dentro de mi cabeza para prohibírmelo: las voces de mis ancestros, las de mis padres se callaron cuando pensé en hacer lo que he terminado haciendo. Ahora lo sé, te juro que lo entendí todo cuando se me ocurrió que podía pensarlo todo. Me vino así, sin más, me cayó encima brutalmente del cielo metálico como una tremenda granizada de guerra, el día que murió Mademba Diop.

¡Ay! A Mademba Diop, mi más que hermano, le costó bastante tiempo morir. Fue muy muy difícil, no se acababa, desde la mañana temprano hasta la noche, con las tripas al aire, lo de dentro fuera, como un cordero descuartizado por el carnicero ritual tras el sacrificio. Todavía no se había muerto Mademba y ya tenía el interior del cuerpo por fuera. Mientras los demás se refugiaban en esas llagas mayúsculas de la tierra que llaman trincheras, yo me quedé junto a Mademba, tumbado a su lado, con la mano derecha en su mano izquierda, mirando el cielo azul frío surcado de metal. Tres veces me pidió que acabase con él, tres veces me negué. Eso fue antes, antes de autorizarme yo a pensarlo todo.

Si entonces hubiera sido como he llegado a ser, lo habría matado la primera vez que me lo pidió, la cabeza vuelta hacia mí, la mano izquierda en mi mano derecha.

Por la verdad de Dios, si ya me hubiese convertido en quien soy ahora, lo habría degollado como a un cordero de sacrificio, por amistad. Pero pensé en mi anciano padre, en mi madre, en la voz interior que ordena, y no supe cortar el alambre de púas de su sufrimiento. No fui humano con Mademba, mi más que hermano, mi amigo de la infancia. Dejé que el deber dictase mi elección. No le brindé más que pensamientos erróneos, pensamientos dirigidos por el deber, pensamientos recomendados por el respeto a las leyes humanas, y no fui humano.

Por la verdad de Dios, dejé que Mademba llorase como un niño, la tercera vez que me suplicó que acabase con él, haciéndoselo encima, tanteando el suelo para juntar sus tripas desparramadas, pegajosas como culebras de agua dulce. Me dijo: «¡Por la gracia de Dios y por la de nuestro gran morabito, si eres mi hermano, Alfa, si de verdad eres quien pienso, degüéllame como a un cordero de sacrificio, no dejes que el hocico de la muerte me devore el cuerpo! No me abandones a esta porquería. Alfa Ndiaye... Alfa..., te lo suplico..., ¡degüéllame!»

Pero justamente porque me habló de nuestro gran morabito, justamente para no infringir las leyes de

nuestros ancestros, no fui humano y dejé a Mademba, mi más que hermano, mi amigo de la infancia, morir con los ojos llenos de lágrimas, la mano temblorosa, ocupado buscando en el barro del campo de batalla sus entrañas para volver a metérselas en el vientre abierto.

¡Ay, Mademba Diop!, hasta que no te apagaste no empecé de verdad a pensar. Hasta que no llegó tu muerte, con el crepúsculo, no supe, no comprendí que no volvería a escuchar la voz del deber, la voz que ordena, la voz que impone el camino. Pero era demasiado tarde.

Cuando estuviste muerto, las manos por fin inmóviles, por fin apaciguado, por fin salvado del sucio sufrimiento por medio de tu último aliento, lo único que pensé fue que no debería haber esperado. Comprendí demasiado tarde de golpe que debería haberte degollado en cuanto me lo pediste, cuando aún tenías los ojos secos y la mano izquierda dentro de la mía. No debí dejarte sufrir como un viejo león solitario, comido vivo por las hienas, con lo de dentro fuera. Te dejé suplicarme por motivos equivocados, por pensamientos consabidos, demasiado bien contruidos para ser honestos.

¡Ay, Mademba!, ¡cómo me arrepentí de no haberte degollado en la madrugada de la batalla cuando me lo pedías todavía amablemente, amigablemente, con una sonrisa en la voz! Degollarte en aquel mo-

mento habría sido la última buena broma que te habría gastado en vida, una manera de quedar como amigos para la eternidad. Pero en vez de actuar te dejé morir insultándome, llorando, babeando, vociferando, cagándote encima como un niño loco. En nombre de no sé qué leyes humanas, te abandoné a tu suerte miserable. Tal vez para salvar mi alma, tal vez para seguir siendo como quisieron que fuese ante Dios y ante los hombres aquellos que me criaron. Pero ante ti, Mademba, no fui capaz de ser un hombre. Te dejé maldecirme, amigo mío, a ti, mi más que hermano, te dejé vociferar, blasfemar, porque no sabía aún pensar por mí mismo.

Pero tan pronto como estuviste muerto en mitad de un estertor, en medio de tus entrañas al aire, amigo mío, mi más que hermano, tan pronto como estuviste muerto, supe, comprendí, que no debería haberte abandonado.

Esperé un poco, tumbado junto a tus restos mirando pasar por el cielo de la tarde, azul profundamente azul, la cola destellante de las últimas balas trazadoras. Y cuando el silencio se asentó en el campo de batalla bañado en sangre, comencé a pensar. Ya no eras más que un montón de carne muerta.

Me puse a hacer lo que tú no habías logrado durante todo el día porque te temblaba la mano. Reuní con profundo recogimiento tus entrañas todavía calientes y te las coloqué dentro del vientre, como en

una vasija sagrada. En la penumbra creí ver que me sonreías y decidí llevarte a casa. En medio del frío de la noche, me quité la chaqueta y la camisa del uniforme. Pasé la camisa bajo tu cuerpo y te anudé fuerte las mangas sobre la barriga, un nudo doble muy muy apretado que se manchó de tu sangre negra. Te cogí por debajo de los brazos y te arrastré hasta la trinchera. Te llevé en brazos como a un niño, mi más que hermano, mi amigo, y caminé y caminé sin parar por el barro, por las grietas abiertas por los obuses, llenas de agua asquerosamente sanguinolenta, espantando a las ratas que salían de sus subterráneos para alimentarse de carne humana. Y, llevándote en brazos, empecé a pensar por mí mismo pidiéndote perdón. Supe, comprendí demasiado tarde, lo que debería haber hecho cuando me lo pedías con los ojos secos, como se pide ayuda a un amigo de la infancia, como algo debido, sin ceremonias, amablemente. Perdóname.